

LOS INGOBERNABLES

POCAS veces en la historia del mundo las poblaciones del planeta, consideradas de una manera global, han sido tan dóciles, tan sumisas, tan resignadas como ahora; pocas veces el mundo ha sido tan ingobernable. Aproximadamente, el 90 por 100 de la población mundial vive bajo regímenes dictatoriales o fuertes, de distinto signo político, sin que su capacidad de reacción, de respuesta o de inquietud alcance los niveles que tuvo en épocas recientes, incluso muy recientes. El Tercer Mundo, víctima principal de estos regímenes, y al mismo tiempo de una situación general de explotación y miseria, es difícilmente identificable consigo mismo, con los guerreros ardientes de la independencia, desde los mau-mau hasta los tupamaros, pasando por los argelinos y los indonesios, que hicieron imposible la perpetuación de colonización directa. Incluso política, moralmente, han perdido su empuje: no puede verse en la actual conferencia de Argel, de Jefes de Estado de países no alineados, más que un reflejo pálido, un mimetismo de lo que supuso la gran reunión de Bandung. Nadie ha sucedido al «Che» Guevara ni a Lumumba. Es lícito pensar que quizá si no hubiesen muerto, su destino podría haber sido el de otros jefes históricos. Ben Bella, con cuyo nombre los argelinos iban a los más suicidas combates, fue depuesto por Bumedian sin un solo sobresalto en el país; fue enviado a la prisión más sigilosa del mundo, quizá esté aún en ella, tal vez haya muerto; apenas se recuerda hoy su nombre. Sukarno, el primer luchador contra el neocolonialismo, el creador de Bandung, fue depuesto lentamente, se le hizo descender una a una las gradas del poder, hasta su muerte, sin que el país —los países, los continentes— que contribuyó a despertar y que quiso unificar hicieran nada por sostenerlo.

LA juventud realizó su último gran alarde en París en mayo de 1968. Desde entonces, su protesta, o su empuje, ha disminuido generalmente hasta el nivel de la algaradía o de una cierta resistencia pasiva. La llamada de Berkeley o el renacimiento de Woodstock, que de una manera tan notable marcaron a quienes participaron en ello de cerca o de lejos, se apagan. Algo semejante ha sucedido en los intentos de renovación del comunismo, cuya última acción real puede situarse en las mismas fechas que el último movimiento juvenil de trascendencia, en la primavera de 1968, en Checoslovaquia. Ciertos sucesos de la actualidad, incluyendo la bomba en el mausoleo de Lenin y las declaraciones y escritos de un puñado de intelectuales soviéticos, tienen mucha menos significación de lo que les quiere dar la prensa occidental. O quizá, rectifiquemos, tienen bastante significación, pero nada más: no tienen acción, fuerza ni posibilidades. Incluso en China, aquello que pudo suponer un cambio, una renovación, la Revolución Cultural, se apaga ahora en el moderado X Congreso, y si Lin Piao intentó una modificación en las estructuras políticas, con mejor o peor sentido, que eso quizá nunca se sepa, ha quedado ya oficialmente considerado traidor y conspirador. Y en los países de democracia, el proceso de deterioración de los sistemas de cambio político se hace también cada vez más lento, cada vez más pesado.

EN otras palabras: desde hace aproximadamente cinco años el estado de la revolución, en cualquiera de sus aspectos —prescindiendo otra vez de matices políticos; tomada solamente como una voluntad de cambio llevada hasta el máximo esfuerzo y la máxima violencia—, es más bajo que nunca en la historia del mundo contemporáneo. Incluso en los puntos más cálidos, donde en realidad no hay situaciones nuevas, sino que son continuación de las anteriores; en Indochina, donde la situación se estanca después de haber terminado la guerra en teoría; en el Oriente árabe, donde el terrorismo de los palestinos y los israelíes es, sobre todo, un recordatorio, una señal al mundo de que están todavía ahí, pero sin que de una parte o de otra se busque una acción resolutoria de mayor envergadura. Como en Chile, donde revolución y contrarrevolución mantienen un extraño equilibrio de amenazas y de inminencias, sin que ninguna de las dos se atreva a dar el paso decisivo.

CON todo esto, el mundo se hace ingobernable. Las clases políticas que ocupan el poder en el mundo quizá se sientan satisfechas de esta reducción de las amenazas, de la relativa facilidad con que han comenzado a digerir todas las revoluciones e incluso, en los países europeos, para absorber huelgas, protestas o disturbios. Los instrumentos de fuerza y disuasión con que defienden sus controles económicos y políticos funcionan; en último caso, una crisis ministerial sustituye unos nombres por otros, una coalición por otra, y la variación es mínima. Han alcanzado un cierto nivel de impunidad. Estamos asistiendo y contemplando escándalos inauditos sin que veamos la reacción correspondiente. Una situación como la de la Casa Blanca, donde el Presidente y el vicepresidente están envueltos en graves acusaciones de delitos independientes, y con ellos algunos de los principales políticos del país, no tiene precedentes. En otros tiempos, escándalos de envergadura más corta, como el de Panamá, el de Stawisky o el de Suez, incluso el modesto y más bien cómico del «estraperlo» de Lerroux en España, hacían caer fulminados a los Gobiernos e incluso a los regímenes y a los sistemas. En la actuación senatorial y judicial de Watergate vemos, por el contrario, cómo se manipula la situación para desviarla hacia nombres propios y no hacia un sistema de valores y de poderes que lo ha hecho posible. Una destitución de Agnew y de Nixon al mismo tiempo sería, probablemente, la solución más favorable para el actual sistema de los Estados Unidos, que habría demostrado, por una vez, que tenía las suficientes válvulas de seguridad como para extirpar el mal. Y, sin embargo, esto no significaría por sí mismo una renovación de los métodos de gobierno.

¿POR qué con esta fuerza y esta impunidad que ahora tienen los poderes establecidos, capaces de durar, de permanecer, de resistir a pesar de los más duros embates, el mundo se está haciendo ingobernable? Porque lo está siendo. Cada vez la organización de las sociedades es peor, cada vez escapa mejor o más fácilmente a los controles por puertas invisibles a los poderes. Aparece la escasez hasta donde había el máximo de abundancia, las monedas se hunden, los precios crecen sin que haya magos de las finanzas capaces de contenerlos, el medio ambiente se quema, las costumbres se distancian cada vez más de las normas establecidas. Y no hay país ni hay grupo social que no se queje de un considerable malestar. Una dinámica de vida se impone inexorablemente sobre unas dinámicas de gobierno. En realidad, siempre ha sido así. Los políticos o los jefes más hábiles no han sido nunca los que han tratado de modificar, canalizar o dirigir



PELIGRO PARA EL SOCIALISMO SUECO

El próximo domingo 16 de septiembre habrá elecciones generales en Suecia, y estas elecciones tienen una importancia considerable. Suecia tiene el socialismo más antiguo de Europa —comenzó en 1932 y prácticamente se ha mantenido hasta ahora—, y se ha presentado como ejemplar: se habla del "modelo sueco". Es, efectivamente, el país más desarrollado, desde un punto de vista de economía individual y colectiva, de Europa. Pero en estas elecciones del domingo está en peligro. Las recientes encuestas de la opinión pública muestran que si como tal partido resulta aún mayoritario, frente a una coalición de centro-derecha, que vaya desde el partido del centro a los conservadores (o moderados) pasando por los liberales puede perder el gobierno. Caería al mismo tiempo uno de los hombres de gobierno más avanzados de la Europa occidental, Olof Palme.

El socialismo —socialdemocracia— de Suecia es, realmente, una fórmula muy especial. De la misma forma que respetó y respeta la Corona —la Monarquía sueca se va a perpetuar, en cualquier caso, con la sucesión del Rey Gustavo Adolfo, que lleva mucho tiempo en la agonia— ha respetado la propiedad privada de grandes y pequeñas industrias. Sólo el sector público está nacionalizado, y en una medida menor que en otros países europeos no socialistas. Lo que pretendió fue equilibrar o moderar el poder del capital privado de forma que el trabajador recibiese hasta cierto punto el salario correspondiente a su trabajo, sin dejar una plusvalía y creando un sistema de seguridad social realmente importante; quizá no más avanzado tampoco que en otros países, pero sí con un control de su realidad absoluta, sin fugas por corrupción o por evasión de pagos y de impuestos, que resulta sumamente remunerativo para quien lo percibe. Incluso en estos momentos se propone que el pago de cuotas está enteramente a cargo de las empresas, sin ninguna contribución por parte del obrero. El socialismo sueco se ha presentado siempre como un partido que no quiere cambiar el sistema de la nación, sino equilibrarlo desde el gobierno, y esta sigue siendo la base principal de la campaña de Olof Palme. Mantiene que si el gobierno cayese en manos de los partidos capitalistas, este control desaparecería y se producirían graves perturbaciones sociales. Otros países europeos han copiado más o menos el "modelo sueco", y de esta forma hay regímenes parecidos en los países vecinos, Finlandia y

Dinamarca, en Bélgica y en Holanda, en Alemania Federal y en Austria; pero ninguno de ellos ha conseguido lo que los suecos, quizá por falta de voluntad de sus dirigentes, quizá por falta de tiempo de madurez. Ninguno tiene los cuarenta años largos de experiencia que tiene Suecia.

Por otra parte, la socialdemocracia sueca y especialmente Olof Palme representan un importante papel en Europa. Aparte de esta capacidad de atracción y de imitación que tiene para otros países, Suecia pretende influir en la comunidad europea en la creación de un sistema parlamentario más abierto y más democrático; y en política internacional sus condenas a los bombardeos del Vietnam, su amparo al Tribunal de Crímenes de Guerra en el Vietnam y su acogida a los desertores le da también un carácter de contrapunto en la vieja Europa americanizada. Una caída del socialismo sueco pondría en cuestión muchas cosas, y podría ser el principio de una menor capacidad de poder de los socialismos reformistas clásicos europeos.

¿Por qué puede rechazar Suecia el socialismo? En parte, por los llamados votos negativos, fenómeno curioso que altera la realidad de todas las elecciones europeas. Se trata de que los que creen que el gobierno socialdemócrata no es demasiado avanzado, que se ha estancado en los últimos años en las reformas sociales, prefieren votar por la derecha. Creen que una situación de derechos mantendría a la socialdemocracia en una oposición depuradora que la haría moverse más hacia la izquierda. En otra parte importante, porque la derecha promete no sólo respetar las conquistas sociales realizadas, sino extremarlas: en su campaña alega que pueda extraer mejores beneficios para el país, que serían para todos, de la explotación del mercado común y de unas nuevas relaciones internacionales que reconciliaran al país con los Estados Unidos.

De todas formas, la diferencia tal como se presenta actualmente es muy escasa. Otras veces las encuestas de opinión pública han fallado en Suecia, después de haber predicho la caída del socialismo. En el caso concreto de las elecciones del día 16, están atribuyendo a la socialdemocracia el 49 por 100 de los votos, y a la totalidad de los partidos de la derecha el 51 (con predominio importante del centro). Bien podría ocurrir que en el momento del escrutinio los resultados fuesen muy diferentes. ■

las sociedades, sino los que han sabido ventear a tiempo las corrientes dominantes —o las han sentido en sí mismos— y se han puesto al frente de ellas. Parece que en nuestro tiempo esa facultad se ha perdido. Los políticos van ya irremediabilmente detrás.

PUEDE que, por una parte, este problema se deba a los excesos o a las abundancias demográficas. Puede también que proceda, como cree ahora una larga corriente de pensamiento político y económico, de la aceleración histórica debida a la multiplicación de la técnica y de la ciencia. La respuesta de los tecnócratas no ha sido suficiente ni válida en ninguno de los pocos países en que se ha intentado seriamente: la razón estaría en que los supuestos tecnócratas gobernantes no han hecho ninguna aportación humanista a las sociedades y han mantenido una doble y opuesta postura: por un lado, la aceptación y el impulso del cambio mecánico como fuente de producción de riquezas y de un bienestar de consumo; por el otro, un desdén considerable hacia los cambios humanos, íntimos, psicológicos, de las sociedades alimentadas por las variaciones tecnológicas. Los dos más recientes intentos de cambio cualitativo fueron hechos por las dos estructuras que se consideraban más terminadas, más completas en sí mismas, salvando todas las distancias: el comunismo y la Iglesia. El XX Congreso, la destalinización y Krutchev; el Concilio Vaticano, el «aggiornamiento» y Juan XXIII, intentaron esa gran actitud histórica de ponerse al frente de sus sociedades. En el caso del comunismo, la destalinización no llegó nunca a sus últimas consecuencias. El sistema era ya demasiado pesado. En la Iglesia aparecieron algunas formas nuevas de penetración política y social, pero tampoco se llegó nunca al fondo de la cuestión. En uno y otro caso, las bien orientadas e inteligentes, sabias renovaciones han podido llegar a ser contraproducentes. Los comunistas eran uno de los pocos grupos que sabían lo que pretendían en el mundo: hoy no saben a qué atenerse. En cuanto a las divisiones producidas en el seno de la Iglesia, España es un país especialmente sensible para observarlas.

UNO de los factores de ingobernabilidad del mundo es éste de no saber a qué atenerse, que ha creado un cierto espíritu de no compromiso, de «no servir más a señor que se me pueda morir». Otro es que el ejemplo de los poderes, de su falta de consecuencia, de su política de perpetuación en lugar de política de creación, y en algunos casos, como los antes citados, de impunidad en el escándalo. El primero de estos factores no me parece negativo. Estamos aprendiendo a vivir, por primera vez en la Historia, sin puntos fijos, sin puntos de referencia invariables; estamos acostumbrándonos a que podemos respetar una verdad que es válida quizá para hoy, pero a la que habremos de abandonar mañana, porque ya no será tal verdad. Porque las verdades, las normas o los esquemas de vida ahora son efímeros, y el cambio creciente y acumulado de las sociedades las va invalidando; sólo que el presentimiento de que esas verdades no van a valer para mañana, no debe hacer que las abandonemos hoy, cuando todavía tienen vigencia. Esta posición de mutantes sociales nos causa, sin duda, un malestar ahora pero será considerablemente útil en el futuro. No creo que debamos abandonarla.

LA otra cuestión es probablemente más grave. La fragilidad y la inconsciencia de los grandes centros de dirección del mundo se ha hecho más visible, precisamente por la ausencia de verdades permanentes para el gobierno de los hombres y las cosas en lo temporal, en lo inmediato. El hecho de que cada ciudadano quiera adoptar una posición similar, aparece como un derecho fundamental. De aquí cunde un tipo de desmoralización ambiente, de escamoteo de deberes y de atribución de derechos que no tienen suficiente expresión en los códigos ni en las Fuerzas Públicas para ser reprimidos. Por eso los grandes gobernantes del mundo que se satisfacen con el bajo estado de la revolución en él no tendrían motivos para estar realmente satisfechos si examinasen la verdadera situación en profundidad. En un ejemplo, quizá demasiado simple: un país con grandes huelgas y graves conflictos sociales y políticos puede tener una producción industrial no sólo abundante, sino también refinada y de calidad; un país sin huelgas y con un orden aparente puede tener una producción escasa y tosca. Las viejisimas, arcaicas, explicaciones racistas de pereza, de abandono o desgana no valen hoy para explicarlo. Son otros los problemas. Puede haber estallado una silenciosa revolución individual de no hacer, de no importar o de buscar exclusivamente el crecimiento del provecho personal. Una revolución mimétrica.

NO bastará, sin duda, para contenerla, para poder gobernar, volver a los antiguos puntos fijos, que ya se han perdido para siempre, a las antiguas referencias y sistemas. Esto, probablemente, no hará más que exacerbar la sensación de distancia que tiene el hombre moderno entre lo que es y lo que podría ser. Habría que entender la voluntad de cambio, la necesidad de cambio de las sociedades. De otra forma, el mundo seguirá siendo difícilmente gobernable. A pesar de su sumisión y del bajo estado de la revolución.